

PERSONAS

GERMÁN GESZLER, lugarten.^{te} del Emperador en Schwyz y Uri.
WERNER, barón de Attinghausen, señor feudal.
ULRICO DE RUDENZ, su sobrino.

WERNER STAUFFACHER.
CONRADO HUNN.
ITEL REDING.
JUAN AUF DE MAUER.
JORGE DE HOFE.
ULRICO DE SCHMID.
JOST DE WEILER.

} Habitantes de Schwyz.

WALTER FURST.
GUILLERMO TELL.
ROESSELMANN, párroco.
PETERMANN, sacristán.
KUONI, pastor (1).
WERNI, cazador.
KUODI, pescador.

} Habitantes de Uri.

ARNOLDO DE MELCHTHAL.
CONRADO BAUMGARTEN.
MEIER DE SARNEN.
STRUTH DE WINKELRIED.
NICOLÁS DE FLUE.
BURKHARDT DE BUHEL.
ARNOLDO DE SEWA.

} Habitantes de Unterwald.

PFEIFER DE LUCERNA.
KUNZ DE GERSAU.
JENNI, muchacho pescador.
SEPPI, muchacho pastor.
GERTRUDIS, mujer de Stauffacher.
HEDWIGIA, mujer de Tell, hija de Fürst.
BERTA DE BRUNECK, rica heredera.

ERMENGARDA.
MATILDE.
ISABEL.
HILDEGARDA.

} Aldeanas.

WALTHER.
GUILLERMO.

} Hijos de Tell.

FRIESHARDT.
LEUTHOLD.

} Soldados.

RODOLFO DE HARRÁS, escudero de Geszler.
JUAN EL PARRICIDA, duque de Suabia.
STUSSI, guarda.

El pregonero de Uri.—Un mensajero del Imperio.—Un cabo de vara.—Un cantero; oficiales y peones.—Un pregonero.—Religiosos.—Caballeros de Geszler y de Landenberg.—Aldeanos y aldeanas de los tres cantones.

(1) Los nombres de Kuoni, Werni, Ruodi, Jenni, Seppi y Stussi, son respectivamente nombres familiares en Suiza, de Conrado, Werner, Rodolfo, Juan, José y Justo.



ACTO I

ESCENA PRIMERA

Rocas escarpadas que ciñen el lago de los Cuatro-cantones, frente á Schwyz. El lago forma un golfo. Próxima á la orilla, una cabaña; en el lago, un muchacho pescador en su barca. En el fondo, verdes praderas, aldeas, alquerías de Schwyz, alumbradas por los rayos del sol. Á la izquierda, se divisan los picos de las montañas coronadas de nubes; y á la derecha, á lo lejos, los ventisqueros. Antes de levantarse el telón, suena el canto pastoril que llaman *Kuhreihen* y el cencerro de los rebaños, y continúan hasta poco después.

PESCADOR

(*Canta en su barca, con la música del Kuhreihen.*)

EL lago sonríe; invita á bañarse. Dormía el niño, recostado en la verde orilla, oyó suave sonido, suave como el de la flauta, como la voz de los ángeles en el paraíso; cuando despierta gozoso, la onda baña su pecho, y una voz salida del fondo de las aguas, le dice: ¡Oh! niño mío, me perteneces; te sorprendo en brazos del sueño, y voy a llevarte á mi morada.»

PASTOR (*en la montaña, variación del Kuhreihen*).—
«¡Adiós! pastos, praderas que dora el sol; los pastores

deben separarse; huye el verano. Treparemos á los montes, para volver cuando se deje oír el cuclillo, y resuenen las canciones, y se revista de flores la tierra, y con la llegada de mayo hermoso manen las fuentes. Adiós, pastos, praderas que dora el sol; los pastores deben separarse; huye el verano.

CAZADOR DE LOS ALPES (*Parece en lo alto de las rocas. — Segunda variación del Kuhreihen*). — Truena en las alturas, tiembla la palanca, pero el cazador prosigue impávido su camino, resistiendo al vértigo; osado avanza por campos de hielo. Allí, no florece la primavera, ni verdea un solo ramo. Tiene bajo sus plantas un océano de nubes, y no divisa las ciudades de los hombres; sólo ve el mundo á través de la rasgada niebla, y la verde campiña le aparece, debajo de las aguas.»

Cambia el aspecto del paisaje; suena sordo rumor en la montaña, y la sombra de las nubes cubre la comarca. RUODI, el pescador, sale de su cabaña. WERNI, el cazador, desciende de las rocas. KUONI, el pastor, se adelanta con una cántara de leche. SEPPI, su criado, le sigue.

RUODI.—Date prisa, Jenni; saca la barca á la orilla. Amenaza y se acerca la tempestad; el pico de Mitene se corona de nubes y silba el viento glacial saliendo de su caverna; estallará la tormenta antes de lo que pensamos.

KUONI.—Lluvia tenemos, buen batelero; mis ovejas pacen la hierba con ansia, los perros escarban la tierra.

WERNI.—Saltan los peces, y se sumerge la gallineta; la tempestad hace camino.

KUONI (*á Seppi*).—A ver, Seppi, si se ha dispersado la vacada.

SEPPI.—Oigo la esquila de la pelinegra Liseta.

KUONI.—Entonces no falta una sola vaca, porque ésta llega siempre la última.

RUODI.—Vuestras esquilas, buen pastor, tienen un sonido agradable.

WERNI.—Y es buena la vacada. ¿Es vuestra, compañero?

KUONI.—No soy tan rico; es de mi bondadoso señor de Attinghausen, que la confió á mi cuidado.

RUODI.—¿Qué bien sienta este collar á esta vaca!

KUONI.—Harto conoce que dirige el rebaño; si se lo quitara, dejaría de pacer.

RUODI.—¿Esto creéis, de un animal sin razón?

WERNI.—Pronto está dicho eso. También los animales tienen inteligencia. Nadie lo sabe como nosotros, los cazadores de gamuzas. Cuando quieren pacer tranquilamente, colocan previsoras á poca distancia un centinela que aguza el oído, y anuncia con un grito la proximidad del cazador.

RUODI (*al pastor*).—¿Volvéis á casa?

KUONI.—Ha pasado la estación de los pastos en los Alpes.

WERNI.—Os deseo un feliz regreso, buen pastor.

KUONI.—Y yo á vos; que no siempre se vuelve de vuestras excursiones.

RUODI.—¿Un hombre viene corriendo hacia acá!

WERNI.—Le conozco. Es Baumgarten de Alzellen.

CONRADO BAUMGARTEN (*sin aliento*).—Por amor de Dios... vuestra barca, batelero.

RUODI.—Pero bien, ¿qué hay que urge tanto?

BAUMGARTEN.—Desatad la barca, y me salvaréis la vida. Conducidme á la orilla opuesta.

KUONI.—¿Qué os pasa, amigo?

WERNI.—¿Quién os persigue?

BAUMGARTEN.—Daos prisa, daos prisa, porque me siguen de cerca. Me persiguen los soldados del gobernador, y soy muerto si me cogen.

RUODI.—¿Y por qué os persiguen?

BAUMGARTEN.—Salvadme, primero; luego os lo diré.

WERNI.—Estáis manchado de sangre; ¿qué ha ocurrido?

BAUMGARTEN.—El baile del emperador que residía en Rossberg...

KUONI.—¿Os persigue Wolfenschieszen?

BAUMGARTEN.—No; ya no hará más daño á nadie; le he muerto.

TODOS (*retrocediendo*).—¡Dios os socorra! ¿qué habéis hecho?

BAUMGARTEN.—Lo que todo hombre libre, en mi lugar. He usado de mi derecho contra quien atentaba á mi honor y al de mi esposa.

KUONI.—¿El baile atentó á vuestro honor?

BAUMGARTEN.—Dios y mi hacha se han opuesto á sus infames designios.

WERNI.—¿Le habéis partido el cráneo de un hachazo?

KUONI.—Contadnos lo ocurrido, tenéis tiempo para ello, mientras botan al agua el batel.

BAUMGARTEN.—Había salido á cortar leña en el bosque, cuando de pronto veo llegar á mi mujer, sofocada, angustiada, y me dice que viene huyendo de casa donde se le ha presentado el baile, ordenándole preparar un baño, y haciéndole indignas proposiciones. Inmediatamente me voy allá, y sin aguardar nada, descargo sobre él un hachazo.

WERNI.—Hicisteis perfectamente y nadie podrá culparos.

KUONI.—¡Miserable! Encontró lo merecido. Mucho há que el pueblo de Unterwald le debía otro tanto.

BAUMGARTEN.—El suceso se ha hecho público;... me persiguen y mientras hablamos... ¡Dios mío!... ¡el tiempo pasa!
(*Truena.*)

KUONI.—Despacha, batelero; conduce este hombre á la orilla opuesta.

RUODI.—No os embarcáis; terrible tempestad se acerca, y fuerza es aguardar.

BAUMGARTEN.—¡Santo Dios!... No me es posible; cada instante que pasa es mortal.

KUONI (*al pescador*).—Probadlo; con la ayuda de Dios, es necesario auxiliar al prójimo. Lo mismo puede sucedernos un día á nosotros. (*Rayos y truenos.*)

RUODI.—El Foehn (1) se desencadena. ¡Ved qué formidable oleaje! ¡No podré conducir mi barca luchando con la tormenta y las olas!

BAUMGARTEN (*abrazándose á sus rodillas*).—¡Que Dios tenga piedad de vos, como vos de mí!

WERNI.—Va en ello su vida, batelero; compadece.

KUONI.—Es padre de familia; tiene esposa... tiene hijos...
(*Redoblan los truenos.*)

RUODI.—¡Pero también yo arriesgo en ello mi vida! ¡También yo tengo esposa y tengo hijos en casa! Oíd cómo ruge y avanza la tormenta; ved cómo se alzan las olas del fondo del lago. Yo bien quisiera salvar á ese bravo, pero ya veis que es absolutamente imposible.

BAUMGARTEN (*de rodillas*).—Fuerza será, pues, que caiga en manos de mis enemigos, cuando me hallo próximo á la playa salvadora... cuando la veo enfrente de mí!... Allí está; la alcanzan mis ojos; llega á ella el eco de mi voz;... y aquí, la barca, que me conduciría á ella... ¿y debo quedarme sin socorro y sin esperanza?

KUONI.—Mirad quién viene.

WERNI.—Tell de Bürglen.

GUILLERMO TELL (*armado de su ballesta*).—¿Quién es este hombre que implora socorro?

KUONI.—Un vecino de Alzellen que ha defendido su honor, y ha muerto á Wolfenschieszen, el baile regio de Rossberg. Los guardias del gobernador siguen sus

(1) Viento del Sud.

pasos, y ruega al batelero que le conduzca á la otra orilla; pero éste, amedrentado por la tempestad, no quiere arriesgarse á ello.

RUODI.—Tell sabe también manejar el remo; él os dirá si es posible tentar ese paso.

TELL.—Cuando la necesidad apremia, batelero, se pasa todo. *(Grandes truenos, braman las olas.)*

RUODI.—Sería como arrojarme á la boca del infierno. Ningún hombre sensato lo intentaría.

TELL.—Los valientes sólo se acuerdan de ellos en último lugar. Fía en el cielo, y socorre al oprimido.

RUODI.—Desde el puerto, fácil es dar consejos. Aquí está la barca; aquí está el lago; probadlo.

TELL.—El lago puede calmarse y el gobernador no. Haz un esfuerzo, batelero.

EL PASTOR Y EL CAZADOR.—¡ Salvadle! ¡ salvadle, salvadle!

RUODI.—No; aunque fuera mi hermano; aunque fuera mi propio hijo; no es posible. Hoy es el día de san Simón y san Judas... el lago está enfurecido y reclama su presa.

TELL.—De nada sirven las palabras, el tiempo apremia, y es necesario socorrer a este hombre. Di, batelero, ¿quieres llevarlo?

RUODI.—No; yo no.

TELL.—Pues bien. ¡ Dios me proteja! Venga la barca; voy á ensayar mi débil brazo.

KUONI.—¡ Valiente Tell!

WERNI.—¡ Acción digna de un cazador!

BAUMGARTEN.—Tell, sois mi salvador, mi ángel bueno.

TELL.—Os sustraeré á la cólera del enemigo, mas forzoso será que otro os proteja contra las olas. Pero siempre vale más ponerse en manos de Dios, que en manos de los hombres. *(Al pastor.)* Amigo, vos consolaréis á mi mujer, si me sucede alguna desgracia.

Hago lo que no puedo excusar. *(Entra en la barca.)*

KUONI *(al pescador)*.—Sois un piloto ¿y no os atrevéis á intentar lo que Tell?

RUODI.—Otros que valen más que yo no le imitarían. No hay dos hombres como él en estas montañas.

WERNI *(encaramado en una roca)*.—Partió. ¡ Que Dios te socorra, bravo batelero! ¡ Mirad cómo danza la barca sobre las olas!



KUONI *(desde la ribera)*.—El oleaje se eleva hasta cubrirarla... Ya no la veo... Reaparece... ¡ Cómo lucha el experto piloto con la oleada!

SEPPi.—¡ Los guardias del gobernador se acercan!

KUONI.—¡ Dios mío!... son ellos... Era ya tiempo de socorrerle...

(Llegan en tropel algunos caballeros de Landenberg.)

I.^{er} CABALLERO.—Entregadnos al asesino que habéis ocultado.

2.º CABALLERO.—En vano intentaréis negar que tomé este camino.

KUONI y RUODI.—¿ De quién habláis, caballero ?

1.º CABALLERO (*viendo la barca*).—¿ Qué veo ?... ¡ Diablo !

WERNI (*desde su altura*).—¿ Buscáis al de la barca ?... Entonces, galopad, y podéis todavía alcanzarle.

2.º CABALLERO.—¡ Maldición !... se nos escapó.

1.º CABALLERO (*al pastor y al pescador*).—Le habéis auxiliado y debéis sufrir castigo. ¡ Caed sobre sus rebaños, destruid esta choza, matad, incendiad !

SEPPi (*huyendo*).—¡ Oh ! ¡ Mis corderos !

KUONI (*siguiéndole*).—¡ Desdichado de mí !... ¡ Mi rebaño !

WERNI.—¡ Malvados !

RUODI (*juntando las manos*).—¡ Justicia divina !... ¿ Cuándo llegará el libertador de esta comarca ?

(*Les sigue.*)

ESCENA II

Cerca de Stein, en Schwyz.—Un tilo enfrente de la casa de Stauffacher, situada en la carretera, junto á un puente

WERNER STAUFFACHER.—PFEIFER de Lucerna;
llegan conversando; GERTRUDIS

PFEIFER.—Sí, sí, maestro Stauffacher, como os iba diciendo, no prestéis juramento de fidelidad al Austria, si es posible excusarlo. Permaneced como hasta ahora firme y resueltamente adicto al imperio, y Dios os conserve vuestros antiguos privilegios.

(*Estrecha cordialmente su mano, é intenta alejarse.*)

STAUFFACHER.—Aguardad hasta que vuelva mi mujer; sois mi huésped en Schwyz, como yo el vuestro en Lucerna.

PFEIFER.—Mil gracias, pero me es forzoso estar hoy mismo en Gersau. Cuanto os veáis obligado á sufrir de la codicia é insolencia de los bailes, soportadlo con resignación, porque semejante estado de cosas puede cambiar de repente, con ascender al trono otro emperador: pero una vez os habréis entregado al Austria, será para siempre. (Se va.)

(STAUFFACHER se sienta pensativo á la sombra del árbol; GERTRUDIS, su mujer, le sorprende así, se acerca á él, y le contempla largo rato en silencio.)

GERTRUDIS.—¡ Cómo tan grave, amigo mio ! No te reconozco... muchos días há que observo silenciosa en tu frente la huella de sombrío pesar. Si; mudo pesar oprime tu corazón; confíamelo. Soy tu fiel esposa y reclamo mi parte en tus penas. (*Stauffacher le tiende la mano, sin decir palabra.*) ¿ Qué puede entristecerte ? Dímelo. Dios bendice tu trabajo; tu fortuna es floreciente; henchidos tus graneros; tus caballos, tus bueyes regresan bien apacentados de los montes, para pasar el invierno en cómodos establos. Se alza tu casa como noble morada, decoran sus habitaciones nuevos artesones dispuestos con orden y simetría, y la adornan y prestan claridad numerosas ventanas. Brillan en ella restaurados escudos, y sabias máximas que lee y admira el viajero deteniendo el paso.

STAUFFACHER.—Ciertamente mi casa es cómoda y bien construída, pero ¡ ay ! que tiembla el suelo en que la edificamos.

GERTRUDIS.—¡ Werner de mi alma !... ¿ qué quieres decir ?

STAUFFACHER.—Poco há me hallaba sentado como ahora bajo este tilo, pensando con placer que mi casa estaba terminada, cuando llega el gobernador de su castillo de Kussnacht, con sus caballeros, y se detiene sorprendido delante de ella; yo me levanto inmediatamente, adelantándome con respeto, como es debido

á quien representa en este país al emperador.—¿De quién es esta casa?—pregunta con malignidad, porque hartó lo sabía. Reflexiono un instante, y respondo:— Señor gobernador, esta casa es del emperador mi soberano, y vuestro soberano, y yo la poseo en feudo.— Y dice él:—Gobierno el país en nombre del emperador, y no quiero en modo alguno que simples villanos edifiquen casas por su propia cuenta y vivan con libertad como si fueran los señores de la comarca; pensaré en el modo de impedirlo.—Dicho esto partió con semblante amenazador, dejándome á mi cuidadoso y pensativo con lo dicho.

GERTRUDIS.—Caro esposo y señor, ¿quieres recibir de tu mujer un razonable consejo? Me honro con ser la hija del noble Iberg, que es hombre muy experto. Más de una vez, sentada con mis hermanas y mientras hilábamos por las noches, ví á los prohombres del pueblo reunidos en la casa de mi padre para leer las cartas de los antiguos emperadores y discutir maduramente sobre el bienestar del país. Atenta escuchaba yo sus discretas frases, las reflexiones del inteligente, los deseos del hombre de bien; de todo conservo memoria. Oye pues; medita lo que te digo, porque mucho há que conozco la causa de tu pesar. El gobernador está irritado contra ti, y quisiera hacerte mala obra, porque eres obstáculo á sus deseos. Ansía someter á los habitantes de Schwyz á la nueva casa real; pero ellos, como sus dignos antepasados, persisten fieles al imperio. ¿No es esto, Werner?... Dime si me engaño.

STAUFFACHER.—Verdad, esta es la causa de la violencia de Geszler.

GERTRUDIS.—Te envidia la dicha de vivir como hombre libre en tu propia heredad, porque él no posee ninguna. Tienes esta casa en feudo del imperio y del emperador, y puedes probarlo, como el príncipe su

derecho á poseer sus dominios; no reconocen sobre ti otro soberano que el primero de la cristiandad. El gobernador es, por el contrario, el segundón de su familia y sólo posee su manto de caballero; por esto mira con malos ojos y con alma emponzoñada la felicidad de los hombres de bien. Hace mucho tiempo que ha jurado perderte, y hasta ahora saliste librado... ¿Aguardarás á que cumpla sus malvados designios? El que es prudente toma sus precauciones.

STAUFFACHER.—¿Qué debe hacerse?

GERTRUDIS (*acercándose*).—Oye mi consejo. Sabes cuánto se quejan de la rapacidad y crueldad del gobernador todos los hombres honrados de Schwyz; no dudes que á la otra orilla del lago, en el país de Uri y Unterwald, están cansados de semejante yugo, porque Landenberg se porta allí con tanta crueldad como aquí Geszler. Apenas llega una barca que no nos traiga la noticia de alguna nueva desgracia, de alguna violencia del gobernador. Convendría que algunos de vosotros, los más discretos, os reuniérais pacíficamente para excogitar el medio de libertaros de semejante despotismo. Creo que Dios no había de abandonaros, y sería favorable á la justicia. ¿No tienes en Uri un amigo á quien puedas abrir tu corazón?

STAUFFACHER.—Conozco allí muy buena gente y ricos y respetados vasallos, que son amigos míos y a quienes puedo fiar mis secretos. (*Se levanta.*) ¡Ah, esposa de mi alma! ¡Qué tempestad de peligrosas ideas levantas en mi ánimo tranquilo! Pones ante mí, y a la faz del sol, su interior, y lo que al pensamiento negaba, tus labios lo pronuncian con osadía y ligereza. ¿Pero has reflexionado bien qué me aconsejas? ¿Quieres traer á este pacífico valle la terrible discordia y el estruendo de las armas? ¿Osaremos nosotros, débiles pastores, atacar al señor del mundo? Sólo esperan un plausible pretexto para lanzar sobre este mísero suelo

las feroces hordas de sus soldados, y ejercer los derechos del conquistador, y con apariencias de justo castigo, aniquilar nuestros antiguos privilegios.

GERTRUDIS.—Hombres sois también; sabéis manejar el hacha... Dios ayuda á los valientes.

STAUFFACHER.—¡Oh, esposa mía! Terrible calamidad es la guerra, y alcanza á los rebaños y al pastor.

GERTRUDIS.—Debemos soportar las penas que envía el cielo, pero un noble corazón no soporta la injusticia.

STAUFFACHER.—Te gusta esta casa que hemos construido, ¿verdad? Pues la guerra la reducirá á cenizas.

GERTRUDIS.—Si creyese que mi alma estaba encadenada á este pasajero bien, con mi propia mano le pegaría fuego.

STAUFFACHER.—Amas á la humanidad, ¿verdad? pues la guerra no exime de la muerte al tierno niño en la cuna.

GERTRUDIS.—La inocencia tiene en el cielo un protector. Extiende tu mirada delante de ti, Werner, y no á tu espalda.

STAUFFACHER.—Nosotros los hombres podemos morir combatiendo como valientes, pero ¿cuál es vuestra suerte?

GERTRUDIS.—Los más débiles podemos tomar también nuestro partido; me arrojé desde este puente, y héteme libre.

STAUFFACHER (*arrojándose en sus brazos*).—Quien oprime un corazón como el tuyo contra su pecho, puede batirse gozoso por su hogar y sus ganados, y no teme las armas de rey alguno. Voy ahora mismo á Uri; allí tengo un huésped, un amigo, Walter Fürst, que piensa de tales tiempos lo mismo que yo... Allí encontraré también al noble señor de Attinghausen; aunque de elevada alcurnia, ama al pueblo y honra las antiguas costumbres. Los tres discutiremos los medios de defendernos con valor contra los enemigos del

país... Adiós... y en mi ausencia, cuida solícita de la casa; abre tu mano generosa al peregrino y al fraile mendicante, y no permitas que se alejen sin haberles atendido en todo. La casa de Stauffacher no se oculta á los ojos del viajero; albergue hospitalario, se levanta al borde del camino.

(*Mientras se aleja hacia el foro, salen Guillermo Tell y Baumgarten.*)

TELL (*á Baumgarten*).—Ahora ya no tenéis necesidad de mí. Entrad en esta casa, morada de Stauffacher, padre de los oprimidos... vedle allí en persona... Seguidme, venid. (*Van hacia él.*)

ESCENA III

Una plaza pública de Altdorf. En una altura del fondo se levanta una fortaleza en construcción pero bastante adelantada, de modo que puede distinguirse la forma del edificio. La parte posterior está terminada; algunos obreros trabajan en la fachada subiendo y bajando de los andamios, y otro en el tejado. Todo es movimiento y animación.

EL CABO DE VARA.—EL CANTERO.—Sus OFICIALES
y PEONES

EL CABO (*con su vara aviva á los obreros*).—Vaya; ¡poco vagar!... Vengan las piedras, la cal, la argamasa; es preciso que cuando llegue el señor gobernador halle muy avanzada la obra. ¡Vais á paso de tortuga! (*A dos peones*). ¿A esto llamáis una carga? ¡A traer el doble... al instante! Estos holgazanes no hacen lo que debieran!

1.^o COMPAÑERO.—Es muy duro vernos obligados á transportar con las propias manos las piedras de nuestro calabozo.

EL CABO.—¿Qué estais murmurando? Miserable pueblo que sólo sirve para guardar vacas y andorrear por estos montes.

UN VIEJO (*sentándose*).—¡ No puedo más !

EL CABO (*empujándole*).—¡ Vaya !... veje... á trabajar.

1.^{er} COMPAÑERO.—No tenéis entrañas; forzar así á tan rudo servicio á un pobre viejo que apenas puede tenerse.

EL CANTERO Y SUS COMPAÑEROS.—¡ Esto clama al cielo!

EL CABO.—Cuidad de lo que os importa; cumplo mi deber.

EL 2.^o OFICIAL.—¿ Cómo se llamará el fuerte que estamos construyendo ?

EL CABO.—Se llamará la servidumbre de Uri; bajo este yugo doblaréis la cabeza.

LOS OBREROS.—¿ La servidumbre de Uri ?

EL CABO.—¿ Por qué reís ?

EL 2.^o OFICIAL.—¿ Con este pequeño edificio queréis esclavizar á Uri ?

EL 1.^{er} OFICIAL.—Mirad cuántos montoncillos de tierra os será forzoso echar uno encima de otro para igualar la más baja montaña de Uri.

(*El cabo se retira hacia el foro.*)

EL CANTERO.—Arrojaré al fondo del lago el martillo con que construí este edificio.

(*Tell y Stauffacher llegan.*)

STAUFFACHER.—¡ Oh! habré vivido tan sólo para presenciar semejantes espectáculos!

TELL.—Aquí no se siente uno bien; alejémonos.

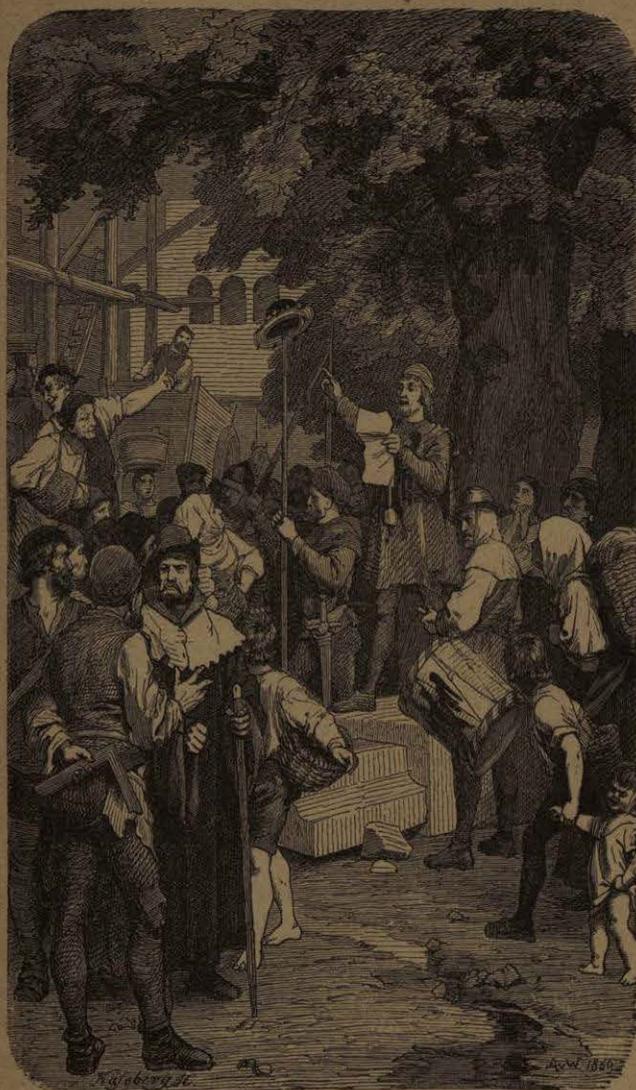
STAUFFACHER.—¡ Me hallo realmente en Uri, patria de la libertad!

EL CANTERO.—¡ Oh! señor, si hubiéseis visto el calabozo construido debajo la torre!... El que sea encerrado allí no oirá el canto del gallo.

STAUFFACHER.—¡ Dios!

EL CANTERO.—Mirad estos baluartes, estos estribos que parecen contruídos para la eternidad.

TELL.—Lo que las manos alzarón, las manos pueden



El pregón en Alldorf

derribarlo. (*Señalando la montaña.*) Dios nos dió la fortaleza de la libertad.

(*Suena un tambor, llegan algunos hombres con un sombrero en lo alto de un palo. Un pregonero les sigue; mujeres y niños salen en tumulto.*)

EL 1.^{er} OFICIAL.—¿Qué significa este tambor?

EL CANTERO.—¿Qué mascarada es esta? ¡Atención!...

¿Para qué es este sombrero?

EL PREGONERO.—En nombre del emperador, oid.

LOS OBREROS.—Silencio; oid.

EL PREGONERO.—Habitantes de Uri; ahí tenéis este sombrero que va á ser colocado en lo alto de un mástil, en medio de Altdorf, en el sitio más elevado. Es la voluntad del señor gobernador, que este sombrero sea honrado como su propia persona. El que pase por delante de él, debe hincar la rodilla y descubrirse, con lo cual reconocerá el rey á sus súbditos. Quien no cumpla esta orden será castigado con pena corporal y la confiscación de sus bienes. (*El pueblo prorrumpe en una carcajada, suena el tambor, y se retiran los soldados.*)

EL 1.^{er} OFICIAL.—¿Qué nueva extravagancia se le ocurrió al gobernador? ¡Honrar á su sombrero nosotros! ¿Habéis visto nunca cosa igual?

EL CANTERO.—¡Que hinquemos la rodilla delante de un sombrero!... ¿Así se hace burla de un pueblo grave y respetable?

EL 1.^{er} OFICIAL.—Si fuera la corona imperial podría pasar, pero el sombrero austriaco, tal como lo ví colgar del trono, cuando fuimos á prestar homenaje...

EL CANTERO.—¡El sombrero austriaco!... ¡Mucho cuidado!... es un lazo que se nos tiende para entregarnos al Austria.

LOS OBREROS.—No habrá hombre de honor que se someta á esta humillación.

EL CANTERO.—Venid á poneros de acuerdo con los demás. (*Se retiran hacia el foro.*)

TELL (*á Stauffacher*).—Ya veis lo que ocurre... Con Dios, maestro Werner.

STAUFFACHER.—¿A dónde vais?... No tengáis tanta prisa...

TELL.—La casa reclama al padre, adiós.

STAUFFACHER.—Mi corazón rebosa; quisiera hablaros.

TELL.—Las palabras no alivian al corazón oprimido.

STAUFFACHER.—Pero las palabras podrían llevarnos á las obras.

TELL.—Por ahora, fuerza es callar y resignarse.

STAUFFACHER.—¿Sufriremos lo insufrible?

TELL.—El reinado de los tiranos violentos es el más breve. Cuando se desencadena la tempestad, se apagan los hogares, se refugian las barcas en el puerto, y pasa el terrible huracán sobre el haz de la tierra sin causar perjuicio, y sin dejar rastro. Viva tranquilo cada cual en su casa, que fácilmente se deja en paz á los pacíficos.

STAUFFACHER.—¿Tal os parece?

TELL.—La serpiente no pica si no la excitan. Si ven que el país permanece tranquilo, se cansarán.

STAUFFACHER.—Mucho podríamos si unidos esperáramos.

TELL.—En el naufragio se auxilia más fácilmente á sí mismo el que va solo.

STAUFFACHER.—¿Con tal frialdad abandonáis la causa pública?

TELL.—Sólo consigo mismo puede contar cada cual.

STAUFFACHER.—Pero de la unión de los débiles nace la fuerza.

TELL.—Pero el fuerte lo es más, si va solo.

STAUFFACHER.—Decid, pues, que la patria no puede contar con vos para el caso de acudir á la resistencia en su desesperación.

TELL (*tomándole la mano*).—Tell que salva á un corchero caído en un precipicio, ¿abandonaría á los suyos? Mas sea lo que quiera lo que hagáis, no me invitéis á vuestras reuniones, porque no puedo discutir ni reflexionar largamente. Si tenéis necesidad de mí para un golpe atrevido, llamad entonces á Tell y no faltará. (*Se van en opuesta dirección. De repente suena un alboroto junto á los andamios.*)

EL CANTERO.—¿Qué pasa?

EL 1.^{er} OFICIAL (*se adelanta gritando*).—El pizarrero se ha caído de la cubierta.

BERTA (*seguida de algunas personas*).—¿Ha muerto?... Corred, socorredle, salvadle, si hay tiempo... Salvadle... ahí tenéis oro.

(*Reparte entre los presentes sus joyas.*)

EL CANTERO.—¡Por el oro!... Pensáis conseguirlo todo con vuestro oro. Después de haber arrebatado un padre á sus hijos, un marido á su mujer, sembrando la desolación, pensáis compensarlo todo con dinero! ¡Id enhoramala; antes de vuestra venida vivíamos felices y con vosotros llegó la desesperación.

BERTA (*al cabo de vara que entra*).—¿Vive? (*El cabo hace un signo negativo.*) ¡Oh!... infame fortaleza, edificada para la maldición; la maldición pesará sobre sus habitantes. (*Se va.*)

ESCENA IV

En la casa de Walther Furst

WALTHER FURST y ARNOLDO DE MELCHTHAL,
Salen por diverso lado

MELCHTHAL.—Maestro Walther Furst...

WALTHER.—Si nos sorprendieran... Aguardad... estamos rodeados de espías.